

## CAPITULO XII.

EL SR. JUAREZ Y SU GABINETE.—PRONUNCIAMIENTO DEL GENERAL D. ANTONIO LANDA.—MIGUEL CRUZ ARDO Y ANTONIO MOLINA.—PELIGRAN LAS VIDAS DE JUAREZ Y SUS MINISTROS.—GUILLERMO PRIETO.

Mientras que varios Estados del país se habían declarado por el plan proclamado en Tacubaya, el general D. Anastasio Parrodi sostenía en Jalisco la Constitución de 1857, reconociendo por lo mismo á D. Benito Juárez como Presidente de la República, por el ministerio de la ley, puesto que ejercía el entonces importantísimo cargo, de presidente de la Suprema Corte de Justicia; y Comonfort, con el golpe de estado, nada era ya en el sentido Constitucionalista; había roto con la Carta fundamen-

tal y también con sus correligionarios, desde luego que aceptó el 17 de Diciembre la prisión del Sr. Juárez.

Puesto D. Benito en libertad por el mismo Comonfort, el 11 de Enero de 1858, salió de la Capital al día siguiente, acompañado de sus mejores amigos y miembros prominentes del bando Constitucionalista; se dirigió primero á Querétaro y después á Guanajuato, en donde con el apoyo de los generales D. Manuel Doblado y D. José María Arteaga, estableció su gobierno el 19 del referido Enero.

El Gabinete que nombró, lo componían D. Melchor Ocampo, encargado de las carteras de relaciones, guerra y gobernación; D. Manuel Ruiz, de la de justicia; D. Guillermo Prieto, de la de hacienda y D. Leon Guzmán, de la de Fomento.

El general Parrodi había marchado de Guadalajara hácia el estado de Guanajuato, con la mayor parte de sus fuerzas, dejando al presidente del tribunal de justicia D. Jesús Camarena, con el carácter de gobernador interino de Jalisco; y á la ciudad, guarnecida con el 5º de infantería, dos batallones de guardia nacional y otros piquetes de pocas plazas, al mando del general D. Silverio Núñez.

D. Benito Juárez, dejando en el Estado de Guanajuato al general Parrodi investido de gran suma de facultades, se trasladó á Guadalajara, á donde llegó el 11 de Marzo, en los mo-

mentos en que una conspiración tenía lugar, por algunos miembros del partido conservador, entre los cuales estaban el general D. Pantaleón Morett, el Lic. D. José María Peón Valdez, D. Ramón Earbosa, D. Francisco Berruero, el general D. Antonio Landa que tenía el mando del 5º, y otros individuos.

D. Benito se alojó con sus ministros en una habitación que se le dispuso en palacio y aunque se le participó el rumor que corría, de que el general Landa no era adicto á la Constitución, oyó esto con indiferencia, encargando que se le vigilara y consagró el día 12 á visitar la ciudad y al despacho de los negocios.

El día 13 muy temprano se propuso el Sr. Juárez tomar un baño en un punto llamado "Los Colomos" á dos leguas de la ciudad; lo acompañaron los señores Ruiz, Ocampo y Guzmán. Entre tanto el general Landa, aprovechando el relevo en el servicio de guardias que se efectuó ese día entre nueve y diez de la mañana, se pronunció con el 5º y otros piquetes, proclamando el plan de Tacubaya, inmediatamente redujo á prisión al presidente de la República con los ministros que acababan de llegar del baño y al general D. Silverio Núñez, en los momentos en que recibió Juárez el parte de la derrota de Salamanca. D. Guillermo Prieto pudo salvarse, pero quiso correr la

misma suerte que sus compañeros y también quedó preso; en los momentos de presentarse á Landa, un oficial le dio una terrible bofetada que le hizo caer en tierra.

La guardia nacional fiel á la causa de la Constitución, no secundó el pronunciamiento y cubrió inmediatamente las alturas de sus cuarteles: en San Francisco, un batallón á cuyo frente se pusieron los valientes y malogrados Miguel Cruz Aedo y Dr. Antonio Molina; y en San Agustín, el Lic. Miguel Contreras Medellín, de cuyo lado no se separó el gobernador interino D. Jesús Camarena.

El general Landa cubrió también las alturas de palacio, Catedral, la Compañía, San Felipe y Santa Teresa; y esperando por momentos un ataque formal de cualquiera de ambos bandos, pasaron la noche los habitantes de la ciudad, en medio de una terrible angustia. A D. Benito y sus ministros se les encerró bien custodiados en la capilla, que hoy es salón de sesiones de la legislatura y á toda hora eran insultados desde el tragaluz ó linternilla de aquel local por la soez canalla que cubría la azotea, especialmente por un individuo á quien el día anterior el Sr. Juárez indultó de la pena de muerte que le fué impuesta por varios asesinatos que había cometido; pues olvidábase decir que el general Landa improvisó un batallón con

presos de esa cárcel; una bala dirigida de la torre de San Agustín, hizo caer sin vida al ingrato facineroso, dejando asombrosos semejante coincidencia, á los ilustres presos.

Desde que se verificó el pronunciamiento, grande fué el empeño de muchos, porque los presos fueran fusilados; pero Landa se opuso con energía á semejante pretension, hasta que al día siguiente, 14, un incidente, vino á poner en grave peligro sus vidas. Mientras que los generales Nuñez y Morett conferenciaban sobre los puntos de un parlamento, el primero en representacion del Sr. Juarez y el segundo, en la de Landa, Cruz Aedo y Molina que ignoraban si se parlamentaba ó no, salieron de Sn. Francisco al frente de un grupo de 30 hombres de su confianza, deseosos de arrancar á los presos del poder de sus enemigos, y se dirigieron resueltamente á palacio atacando con brio á la guardia que habia en una de sus puertas, pretendiendo apoderarse de una pieza de artillería que custodiaba; pero recibidos los asaltantes con un nutrido y mortífero fuego apoyado por la fuerza que cubria las azoteas, fueron rechazados con lamentables pérdidas y quedó herido en una pierna el valiente Dr. Molina. En los momentos del asalto, el comandante de la guardia de los presos Dn. Florenzo Bravo, lleno de ira, suponiendo que el enemigo faltaba á la obser-

vancia del parlamento y que tal vez el general Nuñez dirigía personalmente aquel ataque, pues habia salido este bajo su palabra de honor á conferenciar con Morett, mandó bajar á los presos formando el cuadro respectivo para ser ejecutados y ya iba á dar la voz de fuego al peloton del 5º que les apuntaba, cuando D. Guillermo Prieto, el orador favorito del pueblo, el poeta que más ha conmovido á un auditorio, elevando su poderosa voz, dijo estas palabras, que despues el mismo se ha servido repetirnos: "Vais á derramar sangre inocente. No hemos sido juzgados mal se nos puede castigar. Dejad vuestras armas para defender los derechos sagrados del pueblo no para cometer con ellas un crimen terrible. Yo siempre he visto valientes á los soldados del 5º, nunca asesinos". Los designados para la ejecucion se quedaron suspensos: algunos lloraban y terciando todos sus armas esperaron. Bravo no se atrevió á insistir; Landa llegó en esos momentos y este grupo, el más prominente entonces del partido liberal, se salvó de regar con su sangre el palacio de Guadalajara. Juarez se portó en este lance con un valor frio y tranquilo.

La llegada del general Juan B. Diaz al cual se subalternaron los jefes constitucionalistas, puso término á la discusion sobre los puntos del parlamento, en el cual se estipuló que los pro-

ros fueran puestos en libertad: que Landa evacuaría la plaza con las fuerzas que le eran adictas y que todas las personas del partido conservador comprometidas en este pronunciamiento, podían libremente quedarse en la ciudad sin que en sus personas ó intereses sufrieran el más leve perjuicio por parte del Gobierno Constitucionalista. Todo se observó al pié de la letra.

El 16 el Sr. Juarez en una expresiva proclama, dió las gracias en nombre de la nacion, á los leales y valientes soldados que formaban la guardia nacional.

Un amigo nuestro entró ese mismo día al palacio causándole profunda tristeza ver el destrozo hecho por los pronunciamientos, en el archivo del tribunal de justicia, en el elegante mobiliario de las oficinas todas y en las vidrieras, espejos y cortinas del salon de recepciones.

El general Parrodi con parte del ejercito que el día 10 de ese mismo mes fué derrotado por D. Luis Osollo en Salamanca, llegó á la capital de Jalisco el 19, y en esa fecha salió de la ciudad Juarez con direccion al Manzanillo escoltado por una fuerza al mando del coronel Yniestra dejando á Parrodi investido del cargo de ministro de la guerra con facultades extraordinarias mientras que llegaba á Veracruz, cuya plaza le era adicta: pocos dias despues Parrodi renunció la cartera.

El día 23 de Marzo del referido año de 59, una capitulacion de Parrodi estipulada con el general Osollo en el pueblo de San Pedro, salvó á Guadalajara de nuevos trastornos; aunque en Mayo del mismo año, estando al frente de la plaza el general D. Francisco Casanova, se volvió á ver en los horrores de un sitio más, que le pusieron las fuerzas de los generales Degollado y Blanco D. Miguel, que en reñidos ataques intentaron asaltarla, retirándose por fin el 21 de Junio por aproximarse las fuerzas del general Miramon.

Guadalajara estaba condenada á ser el teatro de grandes acontecimientos: pocas ciudades de la República han sufrido con tanta frecuencia el estruendo de la guerra y los perjuicios tremendos que ocasiona,